



LA TRIBUNA

ANTONIO
GARCÍA BARBEITO

LA PARTIDA

«Un salpicón de ese es peor que una mancha gorda de cualquiera»

En el vestíbulo de aquel restaurante que volvía a abrir sus puertas tras un largo periodo cerrado, le dije a un compañero, jefe entonces, que si quería que yo comiera con él, tendría que ser en otro sitio, que yo no me sentaba a la mesa con uno que acababa de pasar y que me temí que era quien invitaba: «Un salpicón de ese es peor que una mancha gorda de cualquiera. No habla, apenas. Pero tiene más peligro que un cable en un charco... Ten cuidado y no se te repita el jamón que ofrecerá». Mi compañero entonces me miró y poco menos me dijo que me estaba pasando, que yo estaba equivocado, que aquel personaje era un tío muy importante que «además es un lince para los negocios y, además de crear muchos puestos de trabajo, va a dar mucho dinero en publicidad a los medios. Y no sabes el poder de convocatoria que tiene. ¿Sabes quiénes están dentro, citados por él a esta comida?» No, no lo sabía, pero me sonaban de su cercanía todos los que me nombró. Yo me limité a decirle a mi compañero: «Yo no me quedo, me voy. Tú, por si acaso, no te roces, que te llenas. No sabes el peligro que puede haber ahí dentro...»

Nunca más hemos hablado aquel compañero y yo de aquel día. No sé los años que han pasado, si cinco, seis, siete... No lo sé. Mi compañero y yo dejamos de serlo en el mismo trabajo y tampoco nos llamamos, y si alguna vez lo hicimos, no se habló de aquel asunto. Pero es posible que mi compañero haya recordado, años más tarde de aquel almuerzo, algunas de las palabras que le dije, que si el almuerzo le dejó, seguro, un buen sabor a jamón, es posible que algunas noticias posteriores de aquel personaje lo hayan dejado helado y haya pedido a Dios que su nombre no salga, si alguien habla de la comida de aquel día. Tiene peligro el personaje, sí. Lo tuvo siempre y lo tendrá siempre. Oscuro, entre detective y espía, es capaz de organizar un entramado con los hilos más pegados al poder, no sé si porque sabe untar muy bien o porque tiene estómago de hormigonera y menos escrúpulos que un sacamantecas. No sé si es el capitán, pero quienes lo rodeaban entonces tienen muy hechas las carnes a andar en partidas, porque siempre hubo una mano que se adelantó a pedir y se perdió al adelantarse. No le deseo mal a nadie, pero si un día todo esto que ahora veo pasar como sospecha, esos nombres que salen a las ventanas de la posible culpa rozados con aquel tipo peligroso como referencia —«No te roces, que te llenas...»—, resulta lo que dicen, llamaré a mi antiguo compañero. Y aunque no me lo reconozca, sé que, cuando le recuerde, se le repetirá aquel jamón. De la sierra, naturalmente.

antoniogbarbeito@gmail.com

TRIBUNA ABIERTA

UN MOMMSEN DESCONOCIDO EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

MANUEL
MORENO ALONSO
Catedrático de Historia
Contemporánea

En estos tiempos de «gran desmemoria» conviene denunciar el falseamiento y manipulación de la historia

THEODOR Mommsen es el historiador más famoso del siglo XX. Autor de una obra ingente de más de mil títulos, ha sido el único historiador recompensado con el Premio Nobel (1902). Sin embargo, en los últimos días, algunos profesores interesados por la Memoria Histórica parecen haber descubierto la existencia de otro Mommsen en la Universidad de Sevilla: el catedrático de Historia Contemporánea en tiempos de la República, Juan María Aguilar Calvo (1891-1948), que fue depurado en la guerra por haber sido diputado por Izquierda Republicana en las elecciones del Frente Popular.

El catedrático fue un fervoroso republicano. En el verano de 1931 fue comisionado por la Universidad e hizo un viaje de estudios por Francia, Bélgica, Holanda, Alemania y Suiza. En enero de 1932 fue igualmente comisionado para representar a la Hispalense en las Universidades de Amsterdam y Poitiers con motivo de la celebración de su tercer y quinto centenario respectivamente. En los años siguientes ningún profesor de la Universidad de Sevilla viajó tanto al extranjero como él. Becado por la Junta de Ampliación de Estudios marchó al mismo tiempo a Francia e Inglaterra para «hacer estudios sobre la independencia de Hispanoamérica». En abril de 1933 fue nombrado patrono del Instituto Hispano Cubano de Historia de América e incluso ejerció como subdirector del Archivo de Indias.

En una instancia al rector para justificar sus gastos, en mayo de 1933, existente en su expediente académico, dice que ha ido a París para comenzar sus estudios en los archivos franceses, que ha prolongado en Inglaterra. Tiempo en el que, según dice, ha dado conferencias en la Universidad de Londres (King College), en la de Oxford, en la de Cambridge, en la de Birmingham, en la Anglo-Spanish Society, y en el Spanish Club de Londres. En otra instancia, en mayo de 1934, dice haber dado una conferencia en la Universidad de Berlín sobre «Las ideas políticas en la España del siglo XIX». En este mismo año dice haber realizado una «visita de investigación» a la Unión Soviética, consultando los archivos de Moscú y Kiev.

A tenor de este currículum, cualquiera podría pensar que estamos ante el caso de un gran historiador. Tal vez por ello, el día 28 de marzo último hubo en su recuerdo una Jornada sobre «aquellos profesores de la Universidad que perdimos». Y el día siguiente, en un periódico sevillano, se hicieron grandes elogios del «ilustre catedrático», del que se dice que fue «pionero de americanistas sevillanos», llegándose a comparar con los destacados sevillanos de esa España «pe-

regrina» representada por Antonio Machado, Luis Cer-nuda o Manuel Chaves. En cuanto a su actividad política, se dice que recorrió la provincia «con mítines en los que habla de progreso, de cambio, de revolución en las mentalidades».

Pero, sorprendentemente, poco de lo que se dice de este «ilustre catedrático» se corresponde con lo que hizo. Sobre todo cuando sabemos lo fácil que es falsificar una biografía a base de papeles en solitud de ayudas. Porque si es cierto que solicitó estudiar en los archivos extranjeros más dispares y pidió tantas comisiones que le fueron concedidas, el resultado, después, no se tradujo en poco, sino en nada. Pues, como es fácil suponer con un profesor dedicado a la «cosa pública», tan afanado en viajar y en dar conferencias en el extranjero a costa de la Universidad, lo mismo la investigación que la enseñanza a sus alumnos tuvieron que dejar bastante que desear. Podríamos pensar que se limitó a hacer turismo «científico» y a fabricar una imagen de investigador cosmopolita que podía resultar muy rentable para sus apetencias políticas.

Escribo ahora estas líneas sobre este catedrático porque, ya en 2009, me ocupé de él en el libro que escribí sobre Antonio Domínguez Ortiz. *El mundo de un historiador* (págs. 173-176), por el hecho de haber sido profesor del gran historiador sevillano. Por don Antonio supe que fue el peor profesor que tuvo en toda la carrera en la Universidad de Sevilla. Según decía, sus clases, cuando las daba, eran muy anticuadas y caóticas, aparte de sectarias.

Pero si fue un profesor poco cumplidor, menos hizo como investigador. Tengo en mis manos el único trabajo que publicó: «Apertaciones a la biografía del precursor de la Independencia suramericana D. Francisco de Miranda», publicada en 1919. Su extensión es de 48 páginas. El mismo lo subtítulo «trabajo de investigación histórica a base de documentos inéditos existentes en el Archivo de Indias». Pero esto no es así. De la misma manera que las abundantes citas que hace de los Archivos de Londres y París son siempre de segunda mano. Como historiador que soy de ese período, su trabajo me ha dado pena aunque, aparentemente, consiguiera dar gato por liebre.

Traigo a cuenta todo esto porque en estos tiempos de «gran desmemoria» es conveniente denunciar el falseamiento y manipulación de la historia. El asunto es más grave cuando he oído que se le quiere dar el nombre de Aguilar a una de las Aulas de nuestra Universidad, como las que honran la memoria de dos grandes profesores e historiadores de su generación que sí merecen este honor: Diego Angulo y Juan de Mata Carrtazo.

Muy incómodo me siento al tener que escribir esto, pero todavía me molesta más comulgar con una visión de la historia inauténtica y maniquea. Cosa que sucede en nuestros días cuando, muchas veces, sin fundamentos críticos, los villanos se convierten en héroes. En cualquier caso, este catedrático, que a lo mejor fue un destacado «padre de la patria», se dedicó poco a la enseñanza al absorberlo tantas ocupaciones. Porque, desde luego, su trabajo efectivo de investigador fue nulo. Por ello resultaría una broma de mal gusto empeñar-nos en convertirlo en un Mommsen sevillano.

